

Doña Trini, la vaca y todo lo demás

■ ■ ■ J.R.M. Ávila*

A penas quedó viuda, Doña Trini pasaba noches en vela sin saber lo que haría para mantener a sus tres huérfanas. Si al menos las casara pronto, no tendría por qué angustiarse, pero la más chica no cumplía siete años y la mayor no llegaba a los once, así que por ese lado no habría pronta solución.

Ni modo de vender las tierras o la casa. Las tierras no pasaban de dos acres que por sí mismos no eran capaces de dar buenas cosechas y no había en el poblado quien los comprara ni al contado ni a largo plazo. Por otra parte, vender la casa implicaba quedarse a vivir en descampado o arrimadas en casas de otros familiares. Primero muertas. Nunca lo verían llegar.

Por eso, después de muchas noches en vela, salió una mañana a encontrar alguna solución o al menos a idearla. Caminó por las calles del pueblo y fue así como reparó en una vaca echada en el corral de Don Enrique. ¿Qué le pasaba? Se quedó contemplándola hasta que la voz del dueño la sorprendió. “¿Cómo te va, Trini? ¿Ya te sientes mejor?”.

Ella lo vio sin saber al principio de qué le hablaba. “¿Y quién te dijo que yo estuviera enferma?”, contestó al fin poco amistosa. “Yo lo decía por lo de tu difunto”. Ni volteó a verlo. “¿Qué le pasa a esa vaca?”. “No sé, de repente le dio por no levantarse. Parece que se quedó inválida”. “Ah”, dijo ella y emprendió el regreso a casa.

Aquella noche también fue de insomnio. Pero, no como los de otras noches, sino de un insomnio esperanzador. Se la pasó pensando, dando vueltas a planes y ocurrencias que en un momento prosperaban y en el siguiente se esfumaban.

Pero una y otra vez, aparecía la vaca como solución a sus problemas, que a fin de cuentas se arreglaban con dinero. Por eso, mal salió el sol, se encaminó al corral y se detuvo viendo a la vaca desde todos los ángulos posibles. No cabía duda: ahí estaba la salvación.

Apenas cruzaron saludos de rigor, propuso: “Véndemela, Enrique”. El dueño no asimiló de inmediato la petición. Como si alguien le formulara un problema en el cual no se advirtieran pies ni cabeza, tuvo que preguntar a qué se refería. “La vaca inválida, te la compro”.

“¿Esa?”, dijo él como si le acabaran de pedir la mano de la hija más fea, la solterona, la mayor. “¿Para qué, Trini? Ya sabes que no sirve. ¿Estás segura?”. Creyendo que la juzgaba loca, reaccionó con enojo, pero tratando de dominarse: “Claro que estoy segura”. “No te quiero hacer zonza. No sirve ni para sacarle carne. ¿No ves que está en el puro hueso?”. “Tú véndemela”. “Pero si ya ni en pie se sostiene, mujer”. “Te la compro así. Nomás con que te decidas y todo queda listo”.

Don Enrique se rascó la cabeza, vio hacia las lomas, regresó la mirada a los ojos de la mujer, y dijo: “Mira, Trini. Si no fuera porque luego las malas lenguas murmuran, te la regalaba”. “No quiero que me la regales. No vengo a pedirte limosna. Nomás dámela en un precio razonable, de acuerdo a como está”. El hombre volvió a rascarse la cabeza, se humedeció los labios y volvió a hablar: “Lo malo es que si te la vendo también van a murmurar”. Ella hizo un ademán despectivo hacia los demás: “Que digan misa. Te la compro y se acabó”.

Cerrado el trato, no pudieron obligarla a dar más de dos pasos. La ponían de pie, se sostenía apenas un momento y se desplomaba. La trasladaron en la camioneta del vendedor, que movía la cabeza de un lado a otro, renegando de la venta y de las habladurías

* Autor de los libros *Ave Fénix*, *Relámpagos que fueron* y *La Guerra Pérdida*. Ha publicado en las revistas *Entorno*, *Política del Noreste* y *A Lápiz* de la UPN Unidad 19B de Guadalupe, N. L.; *Entorno Universitario* de la Preparatoria 16, *Reforma Siglo XXI* de la Preparatoria 3, *Polifonías* de la Preparatoria 9 y *Conciencia Libre*. Correo: jrmavila@yahoo.com.mx

que tendría que soportar por aprovecharse de una pobre mujer. Doña Trini iba ufana, resplandecía. Lo que opinaran los demás no importaba.

La gente habló. Que si Don Enrique era un logrón, que si Doña Trini estaba zonza, que si la vaca no daba leche sino lástima, que ni siquiera serviría para sacrificarla y vender su carne, seca de por sí.

En el corral de Doña Trini quedaban algunas gallinas que desquitaban lo que comían poniendo huevos puntualmente, un gallo no muy viejo que ayudaba para tal propósito, dos perros que le ladraban a cuanto se movía, y un toro medio amargado que estaba siempre viendo a quién asustaba, pero ni para embestir servía. “Y ni modo de ordeñarlo”, bromeaba Doña Trini con las mujeres de más confianza. Además, no había esperanza de alquilarlo como semental ya que no era tan sencillo controlarlo. Sin embargo, Doña Trini tenía su plan.

El día siguiente al de su llegada, la vaca amaneció de pie, sostenida por una sogá que bajaba de una rama gruesa del mezquite y le pasaba por debajo de los sobacos y de las corvas. La gente sonreía al ver aquello. ¿Acaso la mujer se había vuelto loca?

Antes de que las habladoras recorrieran el pueblo, las malas lenguas enmudecieron de asombro ante la vaca reponiéndose, alimentándose bien, descansando en la sogá sus dolencias y el peso ganado. Muy pronto fue otra. Aunque todavía no podía caminar, se le veía en mejoría plena.

No transcurrió tanto tiempo para que Doña Trini incitara al toro a que se acercara a la vaca, que al principio evadió los intentos de monta del antes hosco animal. Día tras día se repitieron las tentativas hasta concretarlas. El rostro de Doña Trini relumbraba al ver que su plan no resultaba tan descabellado.

Nadie festejó la ocurrencia: “Sólo a Doña Trini se le ocurre una barbaridad así”. “Pobre vaca, primero inválida y ahora teniendo que soportar a ese toro tan hostigoso”. “Qué gente tan aprovechada es esa”. “De por sí que la vaca está derrengada y la va a acabar de amolar”. “¡Pero hay un Dios que todo lo castiga!”. “Y Don Enrique bien que se prestó a esta barbaridad”.

Mientras se desgranaban las habladoras, Doña Trini fulguraba: el futuro suyo y de las hijas estaba a salvo. Por su parte, el toro se notaba contento y la vaca se llenaba de gozo al verlo acercarse y a veces hasta daba unos pasos seguros hacia él. Se llegó a decir que aquello había sido más por darle un gozo al toro que por hacerle un bien a la vaca ya no tan inválida.

Y así siguieron, entre la burla y el disgusto, hasta que un buen día notaron que la vaca no sólo estaba gorda, sino preñada. “¡Diablo de mujer!”, pensaron, murmuraron, se sorprendieron. “¡Así que de eso se trataba!”. Algunos elogiaron el ingenio de Doña Trini. Otros se indignaron por lo que consideraban un pecado del toro y de la vaca, como si a los animales se les midiera con la misma vara que a la gente. Aunque no lo decían, a no pocos les indignaba no haber tenido la idea antes que ella.

Los perros, las gallinas y el gallo siguieron en lo suyo, pero comiendo mejor. La vaca olvidó sus invalideces; el toro, sus amarguras. Tal vez ellos dos fueran los más felices. Nadie lo puede saber. El corral y el establo tuvieron que ampliarse. Las tres hijas se casaron bien.

“Y yo que pensaba que la estaba haciendo zonza”, dice todavía Don Enrique y ríe de buena gana cada vez que se acuerda de la venta.

Ni las malas lenguas ni las envidias descansan.

Para lo que a Doña Trini le preocupa...